

## EL ESPÍRITU DEL CARNAVAL

---

Desamparado de las musas, mal acorrido de las gracias, pobremente hallado de ingenio, y de numen y elocución exhausto, á la hora en que los vates hueros y los enamorados felinos conciertan sus endechas, registraba yo las encrucijadas de los aposentos de mi magín en busca de conceptos, imágenes, lugares y tropos con que una discreta y nunca bien ponderada crónica hilvanar pudiera. Ya volvía los ojos en blanco demandando á los cielos favor y acogimiento; ya tornaba á posarles en los immaculados folios que, según en mi locura imaginaba, había de llenar de gentiles donosuras; ya, soltando la péñola rebelde, desatábame en improperios y votos contra quien, como yo, pudo caer en la más insensata manía que soñar fuera dado á ensartador alguno de disparates, proveedor de ratones y gloria de especieros, como es la de escribir una crónica de Carnaval digna de llegar á ser

puesta en parangón con las lucubraciones de los más altos y nunca bien ponderados ingenios.

Ya comenzaba á darme á editores, que es un punto más que darse á los diablos, recordando una vieja sentencia, según la cual, las tres cosas más difíciles son: tomar la embocadura á una flauta, divertirse cuando lo manda el médico y comenzar un capítulo, cuando quedé sobrecogido y lleno de pasmo al ver sentada sobre mi tintero de loza de Talavera una figurilla ridícula, de alta como de seis gemes, que me miraba con aire chocarrero y burlón. Su carita varonil, sus mal rapadas barbas y sus ojos negros y hundidos, contrastaban, ¡así Dios me salve!, con sus largas guedejas y su mujeriego atavío, bien así como aquel con que visiten los buhoneros tiroleses á sus figurillas de pasta para solaz de las mozuelas. Un ceñidor ancho de brocado sujetaba las sayas de vellorí, que no colgaban más bajo de las choquezuelas, sobre unos calzones adornados de randas y unas calcetas de finísima seda. De la una mano colgábale una á modo de bolsa, en cuyo seno bien pudiera haber holgadamente obra de doscientos florines, y en la diestra esgrimía una caña cubierta en un extremo de tiras de papel, cuyo adminículo causóme pavor, representando á



mi memoria las torturas de los disciplinantes.

Sobrecogíme y permanecí suspenso espacio no liviano, al cabo del cual me alcé resuelto á correr una buena pieza, como escribano que lleva el diablo.—Detente, gritó la figurilla; nada temas, zurcidor pusilánime de crónicas ramplonas.—¿Quién eres?, le increpé un tanto más sosegado.—Soy Samael, el espíritu del Carnaval, que vengo á ayudarte en tu descomunal empresa.—¿Tú, el espíritu del Carnaval?, le dije. Para mi santiguada si no te tomé por trasgo de usurero ó duende atormentador de agiotista. ¿Tú, Samael? ¿Tú, el diablo bullicioso y versátil, regocijo de dueñas trasnochadas, contento de doncellas chirles, júbilo de galanes, alboroto de pajes y de corchetes y de alcaldes pesadilla?—Sí soy, repuso el tal, y no hay sino olerme para percibir el incienso del altar de Pharimo.—¡Medrados estamos!, díjele. ¿Y cómo es que contemplo tan ruin á vuesa merced?—Sabe, contestó el diminuto personaje, que disminuyo ó medro según es menor ó mayor el esplendor de mis fiestas.—Según eso, le dije, así alcancé yo gloria y maravédises como las de hogarño serán deslucidas y miserables.—Juzga tú mismo, contestó; y, agitando su bolsa, comenzaron á llover sobre mí papelillos.—

¿Qué es eso? ¡Pesiamí!, exclamé sorprendido.—Es la lluvia de mil colores, encanto de las nuevas Danaes; mas apacigua el ánimo, que aquí llevo con que te libre de tamaña incomodidad; y, esto dicho, dióse á golpear-me con los zorrillos de papel en las orejas, con lo cual, aturdido, en poco estuvo si no dí con mi cuerpo en la madre tierra.

—Cesa en las burlas, por vida del diantre, chillé atolondrado. Más valiérate, si es que á eso y no á otra cosa viniste, prestarme ayuda para ensartar la consabida crónica.—¿Tienes, preguntó Samael, sino tomar cuatro alegorías de aquí y de allá, emprestarle su lenguaje al truhán y mezclarle con unas cuantas frases de esas que vosotros llamáis modernistas, y á fe que yo mismo por anticuadas no las entendiera, aderezar el compuesto con dos adarnes de erudición, y salpimentarle con un escrúpulo de desenfado?—Eso no, ¡pese á tall!, interrumpí, que yo sé que mi público no es de los que confunden berzas con capachos, ni soy yo de esa condición.—Entonces no hay sino renunciar á la Empresa.—No haré, dije al instante, aunque no sea más que por la alta honra que con ello se me dispensa, y más quisiera salir desairado por buenas artes que censurado por incuria. Si eres Samael, obedece y contesta.—



—Pregunta cuanto te viniere en ganas, replicó el duendecillo. Ante todo, dime qué significa ese disfraz ridículo, pues tal es, que entiendo que, si con él á la calle salieres, no quedara niño que tras tí no fuese dándote vaya y requiriendo tronchos.—Este femenino atavío, contestóme, es el de los más primorosos barbilindos en las fiestas de Carnestolendas, y con él alcanzan los más preciados lauros que supo discernir Cupido.— ¡Cuerpo de tal!, díjele, ¿y es posible que cuadre semejante aderezo y tocado á semblante y corpachón hombruno? ¿No fuéranle mejor la ropilla, el jubón y el ferreruero, las calzas atacadas, el chambergo y la blanca de gavilanes?—No todos van sin blanca, sino bien provista la bolsa, y tales hay entre esas figurillas, que si denostarles osaras te hallases sin pensarlo con sendas puñadas, cuando no te topases con un lindo jabeque cachicuerno de Albacete ó Marchena. Iba yo á desatarme en lamentaciones y psalmos, pero atajóme la curiosidad y así pregunté á Samael si habría muchas máscaras en el Prado de San Hierónimo.—No habrá sino contadas, repuso, incluyendo en la suma las que no lo serán de su grado.— ¡Cómo!, le interrumpí. ¿Y es posible que haya quien se disfrace contra su vocación y albedrío?—¿No sabes, replicó, que hay tres

clases de máscaras: las de *vamos viviendo*, las de *muy bien está*, y las de *no me tornará á suceder?*—Tente, le dije á Samael, y explícame eso más al por menor.

Las de *vamos viviendo*, siguió el diablejo, son aquellas que sólo se disfrazan por interés ú oficio, y destas son las más. ¿Puedes ser mentecato hasta suponer que se disfraza por otro móvil que el de la soldada el músico ambulante, el cochero de la engalanada carroza y el que lleva el cartel de los mercaderes, y aquel que pordiosea, vende, sirve ó acrecenta el placer ajeno? ¿Pues qué diré de los comparsas y danzantes alquilones, y de la turba multa de cortesanas, recreo de los ojos y tormento de faltriqueras? ¿Qué de sus pregoneras y acompañantes, con el forzado séquito de ayudantes, barateros y pícaros? No salen, no, sino á hacer ostensible su mercancía, y así son faranduleros de vengas y daga y máscaras del *vamos viviendo*.

Detrás destas verás á muchas otras que se disfrazan por ajeno mandato, las más veces sin gusto y complacencia, y no pocas como si hubiera de vestirlas de plumas el verdugo. Tales son los rapaces que pasean debajo de sus galas el sueño, el cansancio, la enfermedad y el aburrimiento, todo porque lo mandaron sus padres y ellos dijeron



*muy bien está.* Destos tales van no pocos á la gloria antes y con antes, con notorio menoscabo y perjuicio del infierno, por no darles sus padres tiempo de pecar. Asimismo cuéntanse entre estas máscaras las que lo son por complacer á sus cortejos, amigos y deudos, y destos hacemos singular aprecio, que más se condenan por el ajeno gusto que por el propio.

Todas las demás son máscaras del *no me tornará á suceder*, pues creyendo topar el deleite vienen á dar, sin amparo y de bruces, en el hastío, y así votan no hacerlo de nuevo, por ser la burla que padecieron harto pesada.

—¿Y no habrá en el Prado sino esas máscaras?, pregunté.—Sí habrá, siguió el diablillo. Quedan, aunque sin formar clase, el mascarón aloque, que sale ahito de mosto y galardonado de andrajos á ser solaz y mofa de rufianes y pícaros, soldados y golillas, estantes y virotes; el marido celoso, que porque olióle la cabeza á peine, procura, convertido en figurón espía, vigilar lo que no se ha de hacer en plena luz, sino á obscuras y sin que el escribano dé fé y rubrique. Por último, quedan como hasta tres docenas de mozas de servicio y tozudos gañanes que, henchidos de alborozo, van chillando, sin saber por dónde, por qué ni para qué.

Estos son los que nadie quiere, ni mira, ni entre los peatones, ni en los estribos de las carrozas, y así van con su prendido de tra-pería y su hedor de figón de un lado para el otro, como el alma de Garibay.

—Pues yo bien he sentido decir—insistí no sin cierto enojo,—que habrá de ser el presente Carnaval de perlas y el más ponderado que otras generaciones vieron. Y aunque habrá muy vistosos concursos y que más de cuatro gremios y cofradías han ido llenando guantes, y no de reales segovianos, sino de ducados del rey, para el mayor esplendor y lucimiento de la fiesta.—¡Ta, ta, ta! ¿Esas tenemos? Sobradamente sé que bailarán los nobles; pero no será el pueblo quien cante. Pues ¡qué!, ¿no sabes que entre las guerras y las pestes han salido para nuestros dominios de Plutón cuarenta mil madrileños en los últimos años? ¿Ignoras que están los hospitales, órdenes y refugios plagados de dolientes, descaescidos, hambrientos y sopistas? ¿Crees que olvidóse la gente de alcabalas y rentas, quintas, impuestos y socaliñas? ¿Cesó, por ventura, el papel sellado, el diezmo, el portazgo, el chapín de la reina y la moneda forera? Habrá iluminaciones famosas, soberanos tablados y peregrinas máquinas y artificios. No faltará regocijo y contento; pero sí para



el vulgo, que harto hará con maldecir de administradores y favoritos, mirar cómo ha de haberse para matar el hambre y sacudir la sarna, con perdón. Si en esa maravillosa fiesta del Retiro saliera algún plebeyo con disfraz alusivo á los negocios públicos, riera yo su ingenio y llorara sus nalgas, como diera en poder de corchetes.

Una idea asaltóme de súbito.—¿Qué Carnaval es el que me describes?, pregunté á Samael.—¿Cuál ha de ser sino el mismo en que estamos, el de mil y seiscientos y treinta y siete, décimosexto del reinado de nuestro amado señor don Felipe IV y noveno de la privanza del Conde Duque? Y adiós, que ya en otro lugar con diligencia me llaman y detenerme no está en mi mano.

—¡Espera, duende embaucador!—grité á Samael. Pero fué en vano, porque el diablillo desapareció como por ensalmo y yo quedéme cabizbajo y mohino, sin saber cómo diantres sería el Carnaval en el año de gracia de mil novecientos y dos.

## TERRA-COTTA

---

Son dos figuras toscas, morenas, formadas de ese amasijo que los italianos llaman *terra-cotta*. Ambas decoran un mueble antiguo, pero no han salido de manos del mismo artífice. Y allí están, por determinación de la suerte é imperativo del azar, entre baratijas y caprichos de buhonero, frente á frente, conservando un equilibrio inestable que el menor estremecimiento puede destruir.

Representa una de ellas un esclavo romano. Su sola indumentaria es un sucio y andrajoso túnico, sujeto á la cintura por una correa. Sus brazos y piernas aparecen desnudos, y en su cuello, un collar soldado de hierro, muestra estas palabras: *Servus sun Rustici*.

Figura el otro un trabajador de las minas. Lleva un pantalón agujereado y una blusa flotante. El resto de su cuerpo carece de abrigo. En la siniestra mano muestra



una linterna y en la otra un pico de horadar. Su ceño aparece no menos fruncido que el de su vecino miserable.

Y han hablado. Su lenguaje ha sido conciso y amargo.

—Me he apelado Vindex, y soy galo. Prisionero de César, he cuidado primero de los perros de Cayo Pretena, bajo el látigo del centurión, y después he llenado las ánforas de Rústico cabe el triclinio; he limpiado su toga pretexta y, por fin, he sido arrojado á las fieras por confesar al Cristo y asistir á las reuniones secretas de los *hijos del muérdago*. Un león núcida me mató.

—Yo me llamo Juan y soy vascongado. He nacido obrero y el hambre me ha arrojado á la mina. Allí, sin luz, sin aire, sin alimento, he trabajado doce horas, reventado bajo el peso del mineral. Por fin, asociado á otros compañeros, perecí en un tumulto. Fuí más desgraciado que tú: me mató un hombre.

—Entre tu miseria y la mía median veinte siglos—ha dicho Vindex.—Tú no has conocido la ergástula ni la gemonia. No has visto en el velario á los patricios riendo tus torturas. Has sido libre.

—¡Libre!—ha clamado Juan.—¿Qué fué de tu mujer y tus hijos?

—Mi compañera murió en casa de Flavia

recamando sus túnicas. Un hijo mío ciñó por fin el gorro de liberto. Otro murió esclavo de Trimalción.

—Mi mujer ha sido prostituída y abandonada luego; mis hijos han muerto de hambre y debilidad.

—¡Hambre! Jamás la conocí. Hubiera desmerecido en el mercado. Pero tú, ¿no percibirías estipendio?

—Era insuficiente... Mi muerte no era para el patrón pérdida como lo hubiera sido la tuya.

—Yo sufrí el espectáculo de la opulencia ajena como contraste á nuestra miseria. Séneca y Herodes Atico poseían millones de sextercios.

—¡La opulencia ajena! Nunca como hoy mostróse desenfadada y terrible. Tú no sentías hambre, frío ni sed. Tú no has visto á tu alcance los manjares más suculentos sin poderlos tocar, los refinamientos más sorprendentes sin gozarlos nunca, los espectáculos más hermosos sin tener á ellos acceso. Tú no has sido llamado libre ciudadano por mofa, ni has entrevisto una cultura que se me niega, ni has visto corromperse á los tuyos por la vileza ajena y la miseria propia. ¡Has sido más dichoso que yo!

—Tu expresión me sobrecoge; tu actitud



me asusta. Bajo tu vestidura adivino un objeto oculto. ¿Es un arma?

—No. Es un libro.

—¡Un libro y te llamas esclavo! ¡Sabes descifrar esos caracteres, verdaderos enigmas del porvenir, geroglíficos de la dicha y te juzgas siervo y te inclinas á pedir á la fuerza lo que la racionalidad puede darte! ¡Puedes evocar el pasado, conocer el presente, presentir el futuro, subir hasta las constelaciones y bajar á los senos de la tierra madre, albergar en tu frente la idea que ha de romper tus grillos y sentir en tu corazón el latido que ha de repercutir á través del espacio y de las centurias, y te llamas pária! Levántate, eres hombre.

Un estremecimiento se ha dejado sentir, y las figurillas han perdido su equilibrio inestable. Los dos siervos han caído con estrépito y se han hecho polvo.

Pero no es imposible que de ese polvo surja algún día una escultura nueva: la del ciudadano redento, la del obrero del porvenir.

---

## INDULTO

---

Hemos convenido en que es una bella y gallarda cosa la gracia de indulto. El criminal ha realizado un hecho abominable, y la sociedad se defiende al par que procura corregirle y restablecer el orden jurídico perturbado. Los magistrados, los acusadores, las defensas estudian el hecho en relación al precepto legal, examinan pruebas, compulsan datos, analizan motivos y desentrañan exculpaciones. Después, el tribunal dicta su fallo. Aquel delincuente necesita diez, doce, veinte años para ser corregido. La sociedad no puede hallarse segura de su derecho en menos tiempo. Todo esto en teoría, claro es. En la práctica cabe el error. Bien á las claras lo demuestran el *Fornarino* en Venecia, Lesurques en Francia y en España los hermanos Marina. Pero lo general es que la justicia del fallo sea notoria y que la pena sea una consecuencia lógica de los dictados de la razón y de los preceptos sagrados de la ley.



Mas he aquí que sobreviene un acontecimiento fausto. El soberano extiende su diestra y el perdón se otorga. La sociedad se ha dado por satisfecha, el criminal queda regenerado, el orden se restablece por sí solo, y todo vuelve al ser y estado en que se hallaba antes de la comisión del delito como por arte de encantamiento.

Repito que es una bella prerrogativa. ¡Líbreme Dios de discutir un derecho que, á más de estar consignado en la Constitución del Estado, ha sido defendido por hombres como Guizot y D. Ramón María Narváez! La monarquía ha sido considerada como de derecho divino. Quien ha podido delegar su soberanía en los reyes, no había de escatimarles el derecho más humano: el de perdonar. Además, todo régimen personal, por serlo, lleva aparejado el error. En ese error posible se funda acaso la gracia de indulto. En todo caso, es hermoso ver doblarse la vara de la justicia cuando se dobla al peso de la misericordia.

Lo que sí me parece, y he de confesarlo noble y lealmente, es que, decididos á solemnizar sucesos faustos mediante la clemencia, ésta no debiera recaer solamente sobre los condenados á penas afflictivas y correccionales. Si el delincuente es digno de conmiseración, no lo es menos el ciuda-

dano virtuoso. Los labradores, por ejemplo, son mucho más merecedores de clemencia que el estafador, el asesino ó el parricida. Cientos de miles de fincas les han sido embargadas por falta de pago del impuesto. Es una pena la que sufren como otra cualquiera. ¿Por qué no perdonarles también, devolviéndoles el pleno dominio de sus terruños? Han delinquido, es cierto. No pagar el tributo es quizá una de las mayores perturbaciones que puede sufrir el orden jurídico. ¿Pero no ha delinquido más gravemente el ladrón, el violador ó el infanticida? El perdón se hace necesario, la magnanimidad se impone.

Puestos á perdonar, tampoco se alcanza por qué ley de excepción no ha de extenderse la clemencia á todos los quintos del actual reemplazo. Ellos no han agredido á sus semejantes ni se han apoderado de bien alguno con fuerza en las cosas ó violencia en las personas. Sin embargo, vienen condenados á reclusión y trabajo gratuito. Perdonarles sería lógica consecuencia de los principios antes admitidos. De ninguna manera podría solemnizarse un suceso fausto que fuera tan grato á las madres y al sentimiento noble de la paz.

Y ya en este camino, no sería ocioso eximir, siquier fuese temporalmente, á los



pueblos del oneroso impuesto de consumos; alzar la mala nota á los estudiantes suspensos; reponer á todos los empleados declarados cesantes por faltas cometidas en el servicio; archivar los expedientes de defraudación; dispensar del pago de aranceles y aun condonar toda clase de multas, porque ó somos clementes ó no lo somos; ó cabe ó no cabe error en los fallos; ó la misericordia es virtud sublime ó no cabe invocarla cuando se trata de cumplir la ley.

Yo bien sé que mis teorías han de parecer algo extrañas á quienes en todo se atienen al imperativo de la costumbre. Pero aquí no caben disyuntivas. Todos los hombres vienen obligados á cumplir el derecho; á todos debe alcanzar el perdón cuando le conculcan, ó no hay justicia en el pícaro mundo. Bien parece tirar de la cuerda del sentimiento para los criminales empedernidos. Mas, ¡por Dios y por todos las sucesos faustos!, que se tire de una vez para todos ó para ninguno.

## BURGHERS EN LA LUNA

---

Yo vivo en la luna. Me lo dicen cuantos me tratan: «Estás siempre fuera de la realidad. No conoces el mundo.» Y yo contesto para mis adentros: «¡Ni falta que me hace!»

Vivo pues, en la luna. Pero no en el astro muerto, desprovisto de agua y ambiente, erizado de pálidas cimas, sembrado de anfiteatros volcánicos, en el mudo y frío satélite que rueda por los espacios infinitos, como un sepulcro que nunca ha de animarse. Sino en la luna de mi niñez, en la de los poetas que fueron, en aquella que alumbró en las baladas las selvas y en los idilios las hileras de chopos; en la que contemplan melancólicamente los viejos y señalan con su dedo rosado los niños.

Allí estoy á mis anchas, y en fuerza de moverme en sus rayos tenues y de bañarme en sus incomparables reflejos, me he creado allí un mundo, tal vez sin paraíso,



mas de seguro sin caída. En mi mundo no cabe la negación ni el mal. La tierra, al reflejarse en el astro nocturno, ha perdido sus sombras y lobregueces. Así todo lo juzgo bueno, candoroso, sublime.—¡Inocente, me dicen, desconoces lo que te rodea! ¡vives en la luna!» Y yo sonrío satisfecho. Qué placer! ¡Vivir en la luna y vivir solo!

Es decir, solo no. Los míos, los que comulgan conmigo en principios y en vida, viven en la luna también. Y así tengo un hogar alegre en que hay pasiones inextinguibles y risas perdurables y deliciosos charloteos. Y así tengo un círculo de afectos pequeño, muy pequeño, pero que á la evocación de nuestro idealismo atrasado, pero inocente, se dilata, se ensancha hasta abarcar el mundo, hasta circundar á la humanidad, hasta besar las plantas de Dios.

Y allí nadie demanda aforismos, ni sentencias, ni análisis; allí todos me piden baladas. Y al llegar esas horas serenas en que los astros fulgen y nuestro ignorado satélite rueda por el espacio y las hojas se agitan y á lo lejos canta el ave nocturna, los niños me rodean con sus ojos abiertos, y entono mi balada romántica, cada día distinta, cada vez diferente, pero siempre inspirada en los rayos azules que platean la flor del almendro y abrillantan las aguas

del lago y hacen estremecerse al insecto en su cáliz.

Corro, pues, y atención.

«Allí están, en torno de la hoguera, alumbrados por la luna creciente, con la pipa en los labios y el fusil apoyado en el seno. Allí están, ocultando prematuras arrugas con el ala gallarda de su sombrero de cazador.

Son los héroes de Orange, de Klepsdorp y de Maristburgo; son los nietos del gran Pretorius, los que huellan las cimas heladas del Niew-Veld-Bergen, los que apacientan los nutridos rebaños, los que arrancan el oro á la mina y al águila sajona su corva garra de raíz.

¿Dónde están sus guaridas? La de aquel encorvado caudillo disipóse en el seno de la nube, concentrada en el humo del incendio; la del joven que agita con dedos nerviosos la sonante cartuchería, hundióse en el torrente al fuego enemigo. La de todos aquellos guerreros de barbas circulares y espesas, son ya ruinas informes que destruyó el saqueo ó el huracán.

¿Dónde están sus familias? Preguntad á las hondas zanjas que guardan sus cuerpos; interrogad á las negras corrientes del Bree-de River; buscad en los calabozos de Pretoria, en las selvas oscuras de Natal y de



Orange, en las bravías y abruptas soledades de Santa Helena.

El hogar ya no alza sus muros, la riqueza se ha disipado, la raza misma amenaza extinguirse; pero mientras el sol alumbre en Bokkevel y el mar azote el Cabo de las Tormentas, mientras haya un solo boer con vida, Albión no afirmará su triunfo, ni dejará de luchar y combatir la raza holandesa por la independencia de la patria.

Un burgher se levanta, y con acento pausado refiere detalles de la última victoria. El caudillo temido está en nuestro poder. Los nuestros han sido asesinados, dice. ¿Qué hemos de hacer con el prisionero? Pensemos en la patria, pero recordemos que somos hombres. Y alzando la mano á do Géminis centellea, prosigue:

«Hay un Dios que nos contempla más allá de la luna.

»Y ese Dios nos ha dicho: *¿Quién puede enseñar sabiduría juzgando á los que están elevados? Ese morirá en amargura de ánimo, sin comer jamás con deleite. Su sangre ha de medirse como leche en colodras.*

»No. Nosotros no luchamos por la riqueza, sino por la justicia; ni invocamos la fuerza, sino la ley; no queremos la crueldad, sino la infinita clemencia. El mundo nos mira: Perdonemos.»

Un *jhurrahl* entusiasta interrumpe al caudillo. Desde aquel momento Methuen es libre. Y Europa, una vez más, admirará á la raza boer, temible en el combate, piadosa en el triunfo; á esos nobles paisanos cuyo clarín es la caracola campestre, y cuyo campanileo de triunfo es la esquila del rumiante pacífico en el redil. Agitando la bandolera, llena de resonante cartuchería, todo el mundo se acerca á la hoguera, sonriendo bajo el ala gallarda de su sombrero de cazador.»

---

La balada termina; los niños aplauden. ¡Vaya usted á decirles que, acaso, la realidad es más prosaica; que ese pueblo puede ser inculto y cruel; que es el odio al poderoso y fuerte lo que conmueve á Europa!

No sé si son así los africaners, ni me importa. En mi mundo lo son, y si no lo son, deben serlo. Antes que ver bandidos en la tierra, prefiero contemplar burghers en la luna.

---